

## LA JORNADA

[1] Pensar en una palabra se parece a salvarla. A ella le gusta recordar sus palabras preferidas, para no olvidarlas.

Teme que un día esas palabras se queden viejas, que nadie las entienda, por eso las apunta en un cuaderno, por eso hace por retenerlas y a veces las repite para sí misma en voz baja. Para no olvidar.

–¿Qué será de la palabra “retama”, de la palabra “brote”, de la palabra “sementera”? – piensa mientras se protege del sol recogiendo su largo pelo moreno bajo un pañuelo de algodón con flores estampadas. Luego camina hacia su lugar en la fila de la recolección.

Está espléndido el campo esta mañana. Una brisa suave susurra secretos de la tierra fértil.

La belleza, como una magia pobre, no cambiará el curso de los acontecimientos.

[2] El sol baña la tierra, los cuerpos, con luz aún nueva.

Las mujeres recogen los frutos en silencio.

El capataz bromea con las más hermosas.

Ninguna de ellas conoce el nombre científico del fruto que traen al capazo sus manos con un arte elemental y certero.

Se mezclan idiomas en la mañana que discurre entre gestos mecánicos.

[3] Helena es de Hungría, aunque en los papeles figure como polaca. Una gente le arregló los papeles allí, aún les debe dinero por las gestiones.

No sabe polaco, no sabe español. Se comunica con sonrisas y con unas pocas palabras más voluntariosas y corteses que certeras.

En húngaro hay una hermosa expresión: “buscar un asiento en el tren invisible”. Helena está tratando de encontrar su lugar.

Necesita volver con dinero suficiente para ella y para su hijo. No tiene mucho tiempo para aprender español, ni para hacer otras cosas en el pueblo que no supongan trabajar duramente. Es muy buena con las labores del campo. A veces tiene que frenarse para no apurar con su ritmo a las compañeras, si es que sucede, como en esta hacienda, que la recogida no se rige por el sistema de “a destajo” y se precisa pues de una cierta coherencia, de una actividad homogénea, proporcionada, en cada fila, en lugar del “sálvese quién pueda” del destajo. Ella sin embargo preferiría los excesos de este, para así sacarle el mayor partido a su tiempo de estadía en España, pero no está en condiciones de elegir. Además esta finca tiene buen nombre en la zona, es la más grande de la comarca, por lo que ha oído.

Echa de menos a su hijo. Un día le gustaría regresar con él a este pueblo tan lejano, para que viera cómo y dónde trabajó su madre. Pero esta vez sería como turista de paso en esta población a la que no llega el turismo. ¡Le gustaría tanto poder caminar a su lado por las laberínticas calles de casas blancas!

Hoy una chica marroquí le ha enseñado, en el descanso para fumar y acercarse a la fuente a refrescarse, una palabra en su lengua: “gurfa”, el volumen de agua que cabe en el cuenco que hacen las manos cuando se juntan para servir de recipiente y dar de beber.

La chica es la más amable de sus conocidas aquí. Con ella regresa del tajo: ambas caminan juntas por la carretera cada día en dirección a los barracones tras la jornada, acompañándose, combatiendo juntas, con su cómplice paso y su conversación silenciosa, el miedo.

“Gurfa”: el agua justa, sin más mediación, tan útil y sincera, tan al alcance, tan cerca de la tierra y de la boca.

[4] La cosecha no es buena este año. Se adelantaron las lluvias, hubo una granizada salvaje y persistente que arrasó algunas plantas aún jóvenes.

Menos días de jornal.

Las mujeres hablan mientras trabajan. Comentan la serie que vieron ayer en la televisión, una de policías en las calles de Nueva York. Luego se refieren al fútbol y a los hombres, esos dos conceptos casi indisolublemente unidos: varias no pudieron ver el último episodio

porque coincidía con uno de esos partidos del siglo de cada semana que un marido no se perdería por nada del mundo. El episodio acababa bien, se resolvían los principales conflictos que habían ido germinándose y urdiendo a lo largo de las emisiones.

Lo dicen las del pueblo: el trabajo está peor cada año. Más candidatas a cada puesto, peores condiciones.

Esto no lo contará ninguna serie de televisión.

[5] María es la chica más joven de la cuadrilla. Es del pueblo. Lleva una camiseta de Rage against the machine y le gusta el fútbol, aunque no se ha atrevido a intervenir en la cháchara. Cosas de la timidez. Es del Madrid, por Cristiano Ronaldo.

Estudia mucho, porque no quiere seguir trabajando en el campo como sus padres. Le gusta leer. Y escribir. Ganó un concurso de poesía en su instituto. Era un largo poema que hablaba del vértigo de las ciudades, de su ritmo loco y de su geometría afilada y caótica, tan amenazadora como fascinante. Desde entonces ha rellenado muchos cuadernos con relatos y poemas, aunque nadie, al menos de su familia y de las compañeras, lo sabe. Ni siquiera su novio, que viene a recogerla en moto a la salida, y eso que le tiene dedicados algunos poemas. Es su secreto. Un día quizás...

A su novio lo que sí le manda son mensajitos por el móvil. Le gusta darle una sorpresa con sus palabras en cualquier momento inesperado.

María escucha a una mujer del pueblo, una señora dicharachera y ruidosa, siempre entre bromas y veras, que cuenta que ella conoció este lugar en el que están ahora antes de que fuera lo que es hoy. Así soy de vieja, dice. Aquí, en este paraje, en estas tierras, había un bosque, asegura. Un bosque extenso y frondoso, centenario, oscuro, habitado por animales y leyendas.

María no sabe si creerla.

A lo lejos, como en el centro del silencio de la tierra, un árbol.

[6] En el campo el tiempo es del sol y del aire.

Sin sorpresas transcurre la luz sobre la delicadeza de la ejecución de los movimientos de la faena, equilibrados y ágiles, precisos.

Un perro sin raza, un cachorro que se ha traído hoy el capataz para que le haga compañía, de vez en cuando se interpone entre las trabajadoras con sus juegos y carreras (ahora tras una liebre que atisbaba escondida, invisible; ahora tras un pájaro rezagado). Sólo al capataz, un hombre rudo, parece molestarle.

El perro ladra en su idioma de alborozos e inocencias.

El capataz amarra al perro en un tocón bien fijado al suelo.

[7] Kilos y kilos de fruta llenando los capazos, cargados a hombros hasta los camiones.

–Aquí nos conocemos todas– dice una de las mujeres.

Han bastado cinco días para que unas y otras, las del pueblo y las llegadas de fuera, tengan una cierta sensación de antigua camaradería. Cosas de esta convivencia inevitable.

Lucía tiene algunos planes para cuando acabe la temporada. Parece que habrá trabajo en la cooperativa, se lo ha dicho su hermano, así que igual no será tan duro el año como se preveía, con un poco de suerte. Menos mal. Además a lo mejor podría haber sitio para algunas mujeres más... Se lo quiere comentar a algunas compañeras de la cuadrilla: a María y al resto de las del pueblo, a Helena la polaca, a la chica marroquí (¿cómo se llamaba?)... Estas últimas quizás pudieran quedarse en el pueblo temporalmente, aunque no sabe cómo tendrán el tema de sus papeles de estancia en el país. Hablaría con ellas en cuanto que pudiera, para irles contando sobre la posibilidad.

Se dice en el pueblo que van a abrir un gran centro comercial. Igual eso sería una posibilidad para ella: una vez trabajó de dependienta en una tienda de electrodomésticos y no se las apañaba mal. El negocio cerró por lo de la crisis.

Las extranjeras viven en barracones prefabricados, construcciones de chapa y uralita. Eso está fuera del pueblo, donde se acaba la antigua carretera. Ella no ha ido por allí, pero se cuentan muchas historias.

Las piernas empiezan a doler después de tantas horas agachadas.

A lo lejos campo abierto.

¿Qué verán los pájaros desde su altura?

Abajo todo cambia para quedarse quieto.

[8] El vino del pueblo fue famoso desde siempre. Ya se hacía en los tiempos de los romanos. Buena tierra, buenos vientos, un clima idóneo y singular. Un vino blanco, ligero, con un cierto regusto a almendra amarga, ideal para tomar fresco y con aperitivos.

Las familias rivalizaban por hacer el mejor vino, una tan fraterna como encarnizada rivalidad. Los vecinos y los forasteros de paso iban resolviendo el enigma, que nunca quedaba en verdad resuelto por más que se discutiera. Más vino, más aperitivos, a la siguiente taberna, a probar los caldos del otro clan, y del otro. Y a agradecer, y a conversar.

Ahora el vino del pueblo casi no se produce. Una empresa nueva trajo una propuesta, un plan de desarrollo de la zona. En el pueblo, es sabido, son muy desconfiados, por eso extraña que casi todos los propietarios aceptaran participar en la creación de un nuevo vino con denominación de origen más genérica, que representara a la comarca. Esta es la razón por la que la mayor parte de la uva del pueblo se mezcla con uvas de otros pueblos y sirven para hacer un vino tinto, de mesa, que se vende sobre todo en Europa. A la mayor parte de la gente del pueblo no le gusta, dicen que sabe a trampa y a aguachirle. A Lucía sí le gusta,

aunque prefiere el tradicional, el que aún se produce, aunque de forma minoritaria: aquel que elabora cada una de las dos familias que se resistieron a incluirse en el proyecto y que siguen compitiendo para que quede constancia de cuál vino salió incontestablemente mejor en cada cosecha.

[9] Un avión atraviesa el cielo.

Helena es la única que se ha dado cuenta de su paso. Detiene un segundo su tarea. ¿Adónde irá ese avión que se pierde entre las nubes?

Se imagina, por un segundo, que ella va dentro, con su hijo, en dirección a algún lugar.

[10] Bajo la tierra que pisamos hay más tierra, y agua, ríos de agua que no vemos. Y más abajo, muy hondo, fuegos. Inconsolables inmensos fuegos.

Pisando aquí no es posible mojarse ni quemarse.

Y si miramos hacia arriba: el cielo, el infinito cielo. Las estrellas, los soles, el universo.

—Si arrancas una planta con cuidado podrás ver sus raíces—dice María—, la lástima es que a partir de ese momento las raíces empiezan a morir.

[11] El capataz les ha pedido que interrumpan el trabajo y las ha llamado en un aparte. Lucía, María, Helena y Fátima, la chica más guapa de las marroquíes, están alrededor del capataz para escuchar eso que tiene que decirles a ellas y sólo a ellas. Las compañeras, a buen seguro, también estarán muriéndose de la curiosidad.

–Mirad: el jefe dice que os quiere mañana sábado aquí por la mañana aunque no trabajemos. Por lo visto vienen unos japoneses de una revista de vinos. Ellos sabrán. Vienen a hacer un reportaje fotográfico de la finca y de la gente en las labores del campo, así que quiere que vengáis las cuatro, maquilladas y arregladitas, aunque sea de faena, para que salgáis guapas. Es una revista, dice el jefe, que se lee en todo el mundo, al parecer.

–El otro día le preguntaste al jefe que si podíamos usar el baño que usáis los capataces, los gerentes y los técnicos, aunque fuera para acicalarnos un poco, ¿y qué te dijo?

–Sabéis perfectamente qué me dijo... Y con este tema haced lo que queráis, yo me limito a transmitirlo. Pero, la verdad, no sé qué trabajo os costaría.

–Es el sábado, y el sábado no se trabaja.

–Yo no puedo, mi novio no me dejaría.

–Yo no soy guapa para fotos.

–No sería trabajar... Sería hacer como que trabajáis. Un ratito. Igual luego podéis pedirle las fotos a los japoneses. Así se las puedes regalar a tu novio, guapa.

–A mi novio no le gustan las fotos. Para eso ya me tiene a mí en persona.

–Yo no puedo: el sábado además tengo un compromiso familiar fuera del pueblo.

–Y tú, ¿tú que dices, polaca?

–Que no.

–¿Estáis seguras de lo que estáis haciendo?

Hay un silencio incómodo. Ellas comparten sin mirarse un casi invisible, cómplice, asentimiento.

–Volved a vuestra fila. Esto no le va a gustar nada al jefe. Ya veremos. Ya veremos.

[12] –¿Qué será de la palabra “retama”, de la palabra “brote”, de la palabra “sementera”?– se dice entre dientes mientras se desata el pañuelo tras la intensa jornada.

Retama, brote, sementera. Huerto, raíz, herrumbre. Bancadas, estiércol, pozal. Relente, madreSelva, aljibe. Pedregal, esparteñas, crisantemos, esqueje, turba. Palabras que escapan en el incendio como un colibrí con alas de lluvia.

Un tiempo se queda sin testigos. Un mundo se queda sin testigos.

Una mariposa sobrevuela las amapolas junto a la carretera.